

ocasiones, ha sido el Padre Santo objeto, no sólo del amor, del respeto y de la veneración, sino, hasta de los cariños, y hasta de los mimos del Episcopado católico?

Voy á poner delante de vuestros ojos algunas de las palabras, que los Obispos dirigían al Papa en junio de 1867.

Me parecen muy á propósito para dar cabal idea de las ANGUSTIAS de los católicos, lo cual no os servirá poca satisfacción.

Leedlas:

“Hac fide, hisce sensibus ducti loquebamur olim, Beatissime Pater! cum ante quinquennium Tuo throno adstantes sublimi Tuo ministerio DEBITUM TESTIMONIUM dedimus, vota que pro Te, pro CIVILI TUO PRINCIPATU pro institiæ ac religionis causa palam nuncupavimus. Hac fide ducti verbis scriptoque eo tempore professi sumus, nihil nobis, potius et antiquius esse, quam ut quæ TU IPSE CREDIS AC DOCES, NOS QUOQUE CREDAMUS ET DOCEAMUS, QUOS, REJICIS ERRORES, NOS ITEM REJICIAMUS, Te duce unanimes incedamus in viis Domini, Te sequamur, Tibi adlaboremus, ac Tecum pro Domino in omne discrimen fortunamque parati decertemus. Cuncta hæc, quæ tunc declaravimus, nunc, denuo piissimo cordis sensu CONFIRMAMUS, idque UNIVERSO ORBI testatum esse volumus; GRATO SIMUL RECOLENTES ANIMO, PLENO QUE LAUDANTES ASSENSU, quæ a Te in salutem fidelium et Ecclesie gloriam ab eo quoque tempore gesta fuerunt” (1).

Estas palabras no necesitan comentario.

(1) He aquí la versión castellana:

“Movidos por esta fe y por estos sentimientos, hablábamos, en otro tiempo, Beatísimo Padre, cuando, hace cinco años, en presen-

!!QUE TALES ANGUSTIAS LAS QUE PIO IX HA CAUSADO A LOS CATÓLICOS!!

Y, recientemente, ¿no habéis observado esa inclinación de todos los espíritus hácia Roma, ese movimiento de todas las iglesias hacia el Centro de Unidad?

¿No habéis oído esa inmensa y unánime aclamación de la infalibilidad Pontificia, con que la iglesia entera ha testificado su fe, antes de que el Concilio la sellase con su Autoridad?

Los Seminarios, las Universidades, los Cuerpos parroquiales, los Capítulos catedrales, las Congregaciones religiosas y los Obispos, ausentes del Concilio, de las iglesias de Francia, Bélgica, Inglaterra, España y Alemania han hecho humildes, fervorosas é instantes súplicas á Su Santidad, en favor de la definición dogmática.

Y no creáis que exagero.

Han sido tantas las manifestaciones, que llegaban cada día á la Ciudad eterna, que la secretaría particu-

cia de Vuestro trono, DIMOS EL DEBIDO TESTIMONIO á Vuestro sublime ministerio, é hicimos votos, públicamente, por VOS, por VUESTRO PRINCIPADO CIVIL y por la causa de la justicia y de la religión. Movidos por esta fe, profesamos, entonces de palabra y por escrito, que nada había para nosotros más importante, ni mejor fundado en la antigüedad, que CREER Y ENSEÑAR LO MISMO QUE VOS CREEIS Y ENSEÑAIS, RECHAZAR LOS MISMOS ERRORES, QUE VOS RECHAZAIS, andar con Vos, y guiados por Vos, los caminos del Señor, seguiros, trabajar con Vos y pelear con Vos, dispuestos á sufrirlo todo, por la causa de Dios. Todas estas cosas, que entonces declaramos, las CONFIRMAMOS hoy, nuevamente, con piadosísimo afecto de nuestro corazón, y queremos que EL ORBE ENTERO nos sea testigo; IGUALMENTE RECORDAMOS CON GRATITUD Y ALABAMOS CON PLENO ASENTIMIENTO todas las cosas, que, desde entonces, habéis hecho para salud de los fieles y gloria de la Iglesia”.

Exposición al Padre Santo, de los Obispos presentes en Roma, en la solemnidad del XVIII centenario del martirio de San Pedro.

lar del Padre Santo, apesar de haber aumentado sus empleados, vióse en la imposibilidad de contestarlas, y recurrió al arbitrio de dar una respuesta general, enviándola, por conducto de las respectivas Nunciaturas.

¿Qué os parece todo esto, Señor?

¿Encontráis algo semejante en la historia del Pontificado?

Y este amor del catolicismo á Pío IX no ha quedado en palabras, ni en promesas; se ha traducido en hechos espléndidos, que os abrumarán con el peso de su gloria.

Ya sabéis que la Revolución acordó, en sus consejos de tinieblas, sitiarse al Papa por hambre; no faltaron cómplices y ejecutores de esta infamia; el resultado no se dejó esperar; el tesoro Pontificio quedó, casi completamente exhausto.

Entonces, viéronse prodigios, que forman y formarán una de las glorias de nuestra época.

En las arcas del erario Pontificio, se mezclaron las ofrendas del poderoso con el óbolo del jornalero y de la viuda.

Defraudaron las madres un pedazo de pan al hambre de sus hijos y un trozo de leña al fuego de su hogar; y la tierna doncella sacrificó una prenda de su vestido y el joven estudiante su propina del Domingo, para socorrer al augusto Pobre del Vaticano.

En el seno de la pobreza, y hasta de la indigencia, dábase trazas la Piedad filial para hacer economías, que representaban un sueldo cada mes y un franco en veinte meses, y luego iba, presurosa y alegre, á entregarlo al cura de la aldea para el Dinero de San Pedro.

Jamás había visto el mundo una maravilla semejante.

Fue dado á nuestro siglo contemplar el sublime espectáculo de esa contribución, que la Caridad ha impuesto á la Pobreza, en favor del Anciano Rey y Sacer-

dote, robado, con escarnio, en nombre de la libertad y del derecho.

Pero, el mundo católico no se contentó con esto.

Expirando siempre las ocasiones, que se le presentaban, para demostrar el amor que profesaba á su amado Padre y Pontífice, no dejó perder la que le ofrecía el quincuagésimo aniversario de su primera misa.

Esa fue una gran fiesta de familia.

El vapor y la electricidad pusieron á los pies de Pío IX, el 11 de abril de 1869, junto con las felicitaciones de todos los Emperadores y Reyes de Europa, los muy ricos y copiosos dones, con que la Cristiandad entera demostraba su regocijo y su piedad filial, en ese día para siempre memorable.

¡Y vos habéis escrito, Señor, que Pío IX ANGUSTIABA Á LOS CATOLICOS!

Avergonzáos de haber puesto vuestra firma, al pie de esa mentira, de ese sarcasmo y de esa injuria.

Y, si todavía no os bastan esas corrientes de amor que parten de todos los corazones católicos hacia el corazón de Pío IX, y vuelven de allí, convertidas en bendiciones, que se derraman por toda la tierra; fijad vuestras miradas en los campos de Castelfidardo y de Mentana; interrogadles, si es verdad que el mundo católico ama apasionadamente á Pío IX; y los huesos, que blanquean esos campos, se estremecerán para responder; y la sangre generosa, que los ha empapado, dará voces y os dirá: aquí venimos, pródigos de nuestra vida, á entregarla por amor al Papa.

Solo vos, Señor, en medio de este concierto universal, que proclama nuestro amor al Padre Santo, os habéis atrevido á decir que el Papa NOS ANGUSTIA; semejante á un sordo de nacimiento, que se fastidia y se exaspera entre las armonías de la música, porque sólo escucha el ruido monótono de su enfermiza cabeza.

Hasta ahora había oído quejarse y murmurar, por lo bajo, de que nuestro amor á Pío IX rayaba en idolatría; Montalembert escribió, antes de morir, que el Papa era el ídolo del Vaticano; y el P. Gratry ha protestado, en una de sus últimas cartas, contra la *devoción* de los católicos al Papa.

Pero, lo que no había oído á nadie, hasta que vos lo habéis escrito, es que Pío IX era MOTIVO DE ANGUSTIA PARA LOS CATOLICOS!

Os dejo todo el mérito de esta singular invención; y si me he ocupado tan extensamente de ella, ha sido para recompensárosela, con una prima de buen precio.

Creo que quedaréis satisfecho.

Tócame ya hablaros de nuestras tristezas y de nuestros dolores.

IV

Os confieso, francamente, que son mayores, y en más número, que nuestras alegrías y nuestros placeres.

Viajeros de la eternidad, caminamos en el desierto de este mundo, fatigados por el peso de nuestras miserias y lo ingrato del camino; y rara vez, encontramos un árbol hospitalario, que nos convide con su sombra, ó una fuente cristalina, que nos refresque con sus aguas.

No quiero importunaros, con la relación de todo lo que contrista y aflige el corazón de los católicos; pero, no puedo dejar de señalaros una de las causas más graves de tristeza y de dolor para nosotros.

Esa causa sois vos, Señor.

Si; nos entristece veros empecinado maliciosamente en el error, y cerrando vuestros oídos á la voz de la verdad.

Nos entristece veros negar, con la tenacidad de una soberbia incurable, el dogma de la Inmaculada Concepción de María, que ha recibido con amor el Catolicismo entero.

Nos entristece veros, á VOS SACERDOTE, pedir sin descanso, que se nos arranque la corona magnífica de la virginidad, que es y será siempre ¡PESE A VOS! la más pura gloria del Sacerdocio católico y el más precioso de sus ornamentos.

Nos entristece veros empeñado en degradar y envilecer el más santo de todos los contratos, que Jesucristo ennoblecó con la dignidad del sacramento, y cuyo tipo y ejemplar se encuentra en la alianza de Cristo y de su Iglesia.

Nos entristece veros adulando perpetuamente á los gobiernos temporales, con mengua y vilipendio de los sagrados derechos de la Jerarquía eclesiástica.

Nos entristece veros seduciendo á la juventud, esperanza preciosa de la Iglesia y de la sociedad, con vuestras perversas doctrinas, que cuidáis de introducir en su corazón, haciéndoos admirador de sus talentos y adulador de sus pasiones.

Nos entristece, por último, veros oponer á la enseñanza irrecusable de un Concilio general vuestro audaz é insolente NON SERVIAM.

Ved ahí algo de lo que nos entristece, nos aflige, y hasta nos angustia el corazón.

V

Pongo límite á esta carta, ya demasiado larga, reservando para la próxima las otras dos injurias de vuestro primer acápite.

No espero el honor de vuestra respuesta.

¿Porqué habíais de exceptuarme de la regla, que os habéis impuesto, de no contestar á vuestros impugnadores? Fácilmente, encontraréis alguno, que, como de costumbre, salga en vuestra defensa.

Sin duda, porque procedéis así siempre dicen que despreciáis á vuestros adversarios.

Me resigno á la suerte que nos ha decretado vuestro orgullo.

A lo que no he querido resignarme es á daros el placer de no responderme, en el caso de que os hubiera escrito en privado; por eso os escribo por medio de la prensa.

Vuestro atento servidor.

MANUEL TOVAR.

Seminario de Lima, setiembre 27 de 187.

*
**

CARTA SEGUNDA

Señor Dr. D. Francisco de P. González Vigil.

Muy respetado señor:

I

La segunda injuria del primer acápite de vuestra carta al Papa está concebida en estos términos:

“¿Cuánto tiempo todavía seréis víctima de los que os alucinan, con extraviados consejos, presentándoos como causa de religión un sistema de partido?”

Este agravio es sangriento; aun brota sangre la herida, que, con él, habéis inferido á los católicos.

Y lo peor para vos es que nos habéis injuriado sin nobleza; cobardemente, nos habéis herido por la espalda, oculto en las tinieblas; apenas hemos alcanzado á ver el brillo del arma y la mano traidora que la manejaba.

¿Cuál es ese sistema de partido?

¿Quiénes son esos pérfidos consejeros?

¿Cuándo y de qué manera les ha sacrificado el Papa los intereses de la Religión?

Hoy mismo; ¿dónde está el escándalo de ese sacrificio inhumano?

Si es que existe, ¿cómo no se ha levantado del seno de la Cristiandad una enérgica protesta contra esa traición del Pontificado al más primordial de todos sus deberes?

¿Cómo es que ese inmenso peligro del Catolicismo no pone en agitación todos los espíritus, y en alarma todas las conciencias?

Emboscado, así, y metido entre estas sombras nos habéis disparado ese tiro alevoso.

Pues bien: yo no gusto de tinieblas; me agrada la luz clara, espléndida, meridiana.

Os exijo, en nombre de vuestro propio honor, que contestéis categóricamente á las preguntas que acabo de haceros.

Si no lo hacéis, caerá sobre vuestro rostro, convertida en oprobio, la injuria que habéis lanzado contra el Papa.

Os habéis levantado con la majestad de un Profeta; habéis erguido vuestra cabeza, iluminada por la inspiración, y entonando vuestra voz habéis dirigido al Papa el cargo más tremendo que pueda formularse contra el Pontificado; lo habéis acusado y reprendido de adulterio, como el Profeta Nathan al rey David.